

He confiado, señores, mucho más en
 decir, decir, pues no he hecho otra cosa
 sino apuntar algunas ideas generales, como
 las, según creo, en importantes consue-
 tias; pero el tiempo es corto y no debo abur-
 rar de vuestra indulgencia. No hay necesi-
 dad de que pronuncie yo esas palabras pa-
 ra felicitar al Gobierno del Estado que, en
 el feliz pensamiento de convocar una
 primera exposición vestraria, le ha propo-
 nido el objeto y la importancia de esta por-
 lo que he dicho, con motivo de la presente
 festividad; no hay necesidad de decir que
 la cantidad merecen todas las personas que
 por la realización de esta importante obra
 con tanta decisión como entusiasmo, han
 trabajado. Tampoco hay necesidad de que
 os presente mis humildes y sinceras felici-
 taciones por los premios que habéis obteni-
 do. Yo sé bien que no habéis pensado en
 este concurso ni en otro medio personal ni
 la satisfacción de una vanidad pueril, sino
 la manera de acreditar con vuestras obras,
 vuestro amor al saber en que habéis creído.
 Estado que no puede llamarse con otros
 que el Cielo bendiga vuestros esfuerzos
 y la paz, prosperidad y grandezas de nuestra
 patria.



LA POESÍA DRAMÁTICA DE LA INDIA.

(ESTUDIO LITERARIO.)

—

El estudio de la poesía dramática de la India, como el de cualquier otra literatura, requiere un conocimiento previo de su historia y de sus condiciones sociales y políticas. En el presente estudio se trata de dar una idea general de la evolución de esta forma literaria en el subcontinente indio, desde sus orígenes hasta el presente. Se analizarán los principales géneros dramáticos, como el teatro clásico, el teatro popular y el teatro moderno, así como los factores que han influido en su desarrollo. El estudio se divide en tres partes: la primera trata de la antigüedad, la segunda de la Edad Media y la tercera de la Edad Moderna. En cada una de ellas se examinarán los aspectos más importantes de la vida literaria y artística de la India.

LA FORTUNA DE LA CIVILIZACIÓN EN LA INDIA

(ESTUDIO HISTÓRICO)



Es sin duda natural á la vez que poderosa la tendencia que arrastra al hombre hacia el Oriente, porque allí, según la tradición bíblica, de acuerdo con los datos de la ciencia, comenzó la vida de la humanidad. El hombre y el sol, dice un elocuente escritor, las lenguas y los pueblos, las religiones y los sistemas filosóficos, las tradiciones sagradas y los recuerdos populares, los objetos maravillosos y las plagas aterradoras; todo parece haber nacido allí donde el cielo es más puro, el sol más brillante, y la imaginación del hombre ha sido más poderosa y más fecunda.

Estas consideraciones explican el interés creciente que los sabios europeos han tenido en conocer todo lo que con el Oriente se relaciona, y muy particularmente las lenguas que allí se han hablado, porque la len-

gua es el vehículo del pensamiento y su perfección y desenvolvimiento han caminado siempre á la par con el desenvolvimiento de la civilización. Por este motivo vemos hoy establecidas en las principales universidades de Europa, cátedras de lenguas orientales, que han servido y continuarán sirviendo de auxiliar indispensable para adquirir un conocimiento cada día más amplio de la literatura de aquellos pueblos remotos, separados del movimiento civilizador europeo, no sólo por inmensas distancias en el espacio, sino también por incalculable número de siglos en el tiempo.

Nosotros, sin olvidar que al Oriente debemos los artículos más preciosos de nuestro comercio, no pocas de las comodidades de la vida y muchos de los objetos que sirven para nuestros placeres, procuraremos en este corto artículo compendiar algunas breves noticias acerca de la literatura oriental, tomándolas de diversos autores que tenemos á la vista.

Antes de todo conviene recordar aquí los nombres de Anquetil y Bournouf que son los que principalmente han contribuido, á lo menos en Francia, á elevar este género de estudios á la altura que han alcanzado. El primero, hermano del conocido historiador francés del mismo nombre, no pudiendo

resistir al vehemente deseo de conocer el Oriente, estudiar sus costumbres y darse cuenta de sus antiquísimos orígenes, careciendo de recursos, sentó plaza de soldado en un cuerpo de tropas que por el año de 1754 fué enviado á Pondichery, y se hizo á la vela para aquella lejana expedición, no llevando por equipaje, según se lee en su biografía, más que una biblia hebrea, un estuche de matemáticas, dos camisas, dos pañuelos y un par de medias. A este sabio orientalista, cuya vasta erudición corría parejas con su desprendimiento, debe la Europa la traducción del Zend-Avesta, ó libro sagrado de los persas, una vida de Zoroasto y noticias interesantes acerca de la India, que después han podido completarse y rectificarse, dice uno de sus biógrafos, pero que nunca podrán echarse en olvido.

El segundo, contemporáneo nuestro dotado tal vez de mayor sagacidad, procediendo con un método más severo á la comparación de las diversas lenguas orientales, y poseyendo sin duda mayores elementos para hacer más fructuosos sus estudios, es por demás conocido por las personas instruidas para que sea necesario que nos detengamos á hablar de él. Baste decir que su traducción del primero de los libros de Zoroasto, el *Yacma*, ó libro del sacrificio, es uno de los

más raros y admirables ejemplos de sagacidad, de laboriosidad y de constancia que se registran en la historia de las letras.

Establecidas estas noticias preliminares, pasemos á ocuparnos del asunto principal, de este artículo, siquiera sea con la brevedad que este linaje de estudios requiere.

Desde que la atención de Europa se fijó por primera vez en la civilización oriental y se trató de conocer la literatura de aquellos remotos pueblos, se creyó que entre ellos se encontrarían modelos más ó menos perfectos de poesía sagrada, porque la poesía ha tenido siempre un origen religioso; no podía dudarse que en el género lírico se hallarían también notables ejemplos y aun no faltaron quienes admitiesen como probable la existencia de la epopeya, destinada allí, como en la antigua Grecia, á conservar los recuerdos y las tradiciones de los pueblos, refiriendo las hazañas de sus héroes. Pero nadie se hubiera atrevido á asegurar que la poesía dramática hubiese florecido entre los antiguos pueblos orientales, siendo muy común la opinión de que siendo ésta, entre las formas poéticas, la más perfecta, la que acusa un grado más completo en el desarrollo de la civilización, era incompatible con el estado, por decirlo

así, de infancia, en que se encuentran los pueblos en su origen.

Tal error ha sido disipado, y hoy todos los literatos saben bien, que la India, por ejemplo, posee dramas de incomparable belleza que han sido traducidos á las lenguas europeas. Lamartine en su Curso Familiar de Literatura nos da el análisis de los dos poemas épicos el Mahabarata y el Ramayana, procedentes, como él dice, de océanos de recuerdos en los cuales convergen y se recogen las tradiciones religiosas, heróicas, nacionales y populares de la India, y de las cuales nos ocuparemos tal vez en otra ocasión, para dar á nuestros lectores en este breve artículo, una noticia, siquiera sea superficial é incompleta de la poesía dramática cuya existencia en Oriente, como dijimos antes, por mucho tiempo se había puesto en duda.

No sólo nos encontramos la poesía dramática en la India, sino que como dice un crítico, el drama es lo que caracteriza mejor su literatura; es la expresión genuina de los sentimientos de aquel antiguo y grande pueblo, de sus ideas y de sus aspiraciones. El drama indio es un raudal inagotable donde el atento observador puede satisfacer sus más vivos anhelos, añade el mismo es-

crítor de quien hemos copiado las anteriores palabras.

Hay en él, además del fin moral del que después hablaremos, una fuente de patético en el amor que el hombre profesa, no sólo á los seres racionales, sino á los irracionales y aun á la naturaleza viviente. La emoción que tal amor produce, despierta en el alma afectos tan tiernos y melancólicos que bajo este aspecto puede decirse que la poesía india supera á cuanto nos ha dejado la antigüedad clásica, á lo que puede producir nuestra actual civilización.

Este amor ingénuo de la naturaleza, que llega hasta los celos y la pasión, constituye, si no el asunto, sí una de las principales bellezas del drama conocido con el nombre de *Sacountala*, del cual transcribiremos, como muestra, una sola escena.

Al abandonar la jóven virgen el asilo de su infancia para unirse á su amante, que es el rey del país, las ninfas de los bosques preparan guirnaldas para la celeste esposa; va á partir, á alejarse para siempre del bosque en que nació, y en estas conmovedoras circunstancias, la naturaleza inanimada parece participar de su dolor, y corresponder á él, en la siguiente encantadora y poética escena, en la cual intervienen un Brahma,

Sacountala y dos jóvenes compañeras y amigas suyas.

—*El Brahma:*

¡Oh vosotros árboles copados, sagrados bosques donde habitan las divinidades, Sacountala os abandona para marchar á los palacios de su esposo; ella que nunca humedeció sus labios, antes de haberos regado, ella que por amor vuestro jamás cogió uno sólo de vuestros ramos para adornar sus cabellos, y que no tenía otra mayor alegría que el veros cargados de flores!

Coro de voces de seres invisibles:

¡Que la ventura la acompañe en su camino! que los aires le traigan el aliento perfumado de las flores, que límpidos manantiales á la sombra de los lotos refresquen sus piés y que las ramas de los árboles la protejan contra los rayos del sol!

Una compañera de Sacountala:

¿Es la voz de la tórtola que desea un viaje feliz á Sacountala?

¿Son ninfas de las aguas que imitando su cantar armonioso, celebran al piadoso habitante de estos bosques?

Sacountala:

El pensamiento de ver nuevamente á mi esposo me enagena, y sin embargo me

abandonan las fuerzas en el momento de separarme de este bosque, asilo de mi juventud.

Una joven virgen:

¡Escucha! ¡Escucha! la enamada gime también á medida que la hora de la separación se acerca; la gacela rehusa la yerba que hemos cogido para ella, los pavos reales no hacen ya en el prado su magnífica rueda, las plantas en los bosques dejan caer sus pálidas hojas: su perfume y su belleza han pasado ya.

Sacountala:

¡Oh padre mío! déjame hablar aún de esta flor del *machari*, que yo llamaba mi hermana y cuyas rojizas hojas brillan como la llama en el bosque.

El Brahma:

Hija mía, conozco tu amor hacia esa planta.

Sacountala:

¡Oh la más bella de las plantas! recibe mis abrazos; que tus tallos enlazados á mi cintura me devuelven sus caricias. De hoy más, y á pesar de la ausencia, siempre seré tuya. ¡Oh padre mío! ten cuidado de esta planta como de mí misma!

El Brahma:

Sí, enlazaré tu planta querida con su pro-

metido el arbol de *amira*, que espárece junto á ella su perfume. Valor, hija mía, prosigue tu viaje.

Sacountala:

¡Ah! ¿Quién ha cojido los pliegues de mi vestido? ¿quién me detiene aún?

El Brahma:

Es el pequeño cervatillo, sobre cuyos labios has aplicado tantas veces el bálsamo sagrado, cuando fuera herido por las penetrantes espinas: es aquel que tantas veces has alimentado en tu mano con los granos del *ciamaha*. El pobrecillo no quiere abandonar á su bienhechora.

Sacountala:

¿Por qué lloras tú, dulce criatura, por mí que debo abandonar nuestro común asilo? Como he cuidado de tí, (porque perdiste á tú madre poco después de haber nacido) del mismo modo el que me ha servido de padre te dará tu alimento. Retírate, vete; es preciso separarme (abrazando á su padre.) Arrancada del seno del que me dió la vida, como el tierno árbol del *tamala* de la tierra de los montes Himalaya, ¿cómo podré crecer en extranjero suelo?

Otro ejemplo podemos citar de este mismo sentimiento en virtud del cual el alma

humana se derrama por decirlo así y abarca en la inmensidad de su amor á la naturaleza entera, haciéndola participar de los afectos que á ella la dominan.

Lo tomaremos de una tragedia histórica y mitológica del semidiós Rama, cuyo análisis trae Lamartine en su Curso Familiar de literatura.

En la escena que vamos á copiar, Rama, que se ha visto obligado á separar de su lado á su amada Sita, por exigirlo así lo que pudiéramos llamar la razón de Estado, lamenta de esta suerte su desgracia, asociando á su dolor toda la naturaleza.

"¡Qué risueño horizonte se despliega ante mi vista! Aun me es dado contemplar estas bóvedas sombrías en que tan misteriosa obscuridad vierten los añosos árboles; aun divisan de nuevo mis ojos embelesados estas corrientes que iracundas y espumosas se precipitan de los montes vecinos, haciendo temblar la tierra. El tigre famélico asecha su presa en las montañas, ó se oculta en las tenebrosas cavernas, en el mullido césped se enrosca la sierpe enorme, en cuyos anillos salpicados de mil colores, resalta el negro y ruidoso grillo que apaga su sed en las gotas de rocío, chispeantes en las escamas del mónstruo. En el espeso bosque cunde un silencio profundo, interrumpido

tan sólo por los murmullos lejanos de los manantiales que de los peñascos brotan, el eco de la montaña que repite el rugido del tigre y el chirrido de las voraces llamas que allí á lo léjos mujen silbadoras, teniendo de rojiza luz el azulado firmamento. Sí, mi vista reconoce esta escena y todo el pasado vibra palpitante en mi memoria. Estas sombras terribles no amedrentaban á Sita, dichosa de arrostrar los horrores del bosque obscuro teniendo á Rama á su lado. ¡Con qué alegría atravesaba el desierto esta mujer, á quien amor inspiraba audacia! ¿Qué mayor riqueza puede desear el hombre á quien otorgó el cielo una dulce compañera de su vida, un sér que toma para sí la mitad de las penas que abruman el corazón y cuyo inefable afecto compensa todos sus dolores?

¡Escena de reposo, continúa el entusiasta amante, plácidas grutas que engalanan los teseros infinitos de la Creación! ¡Apacibles guaridas, en que incautas trinan las tímidas aves y rumian apacibles las ciervas ariscas! ¡Espumosos torrentes que casi ocultan los verdes puentes salpicados de flores, formados por los olorosos arbustos! Mi corazón os reconoce y ruidoso á vuestra vista late. Por este lado, la faja serpentina que al horizonte ciñe, á la manera de abatidas nubes,

me indica la cumbre del monte Pravana, morada del rey de las aladas tribus, de cuyas escarpadas pendientes se precipita impetuoso un río. . . . Al pie de la montaña, en el declive de esta frondosa espesura se elevan los copados y simétricos árboles, en cuyas ramas espesas inclinadas sobre el río, se anidaban los pájaros. ¡Qué suaves eran sus gorgoros! ¡Qué armoniosos sus cantos! Allí también se elevaba nuestra cabaña pajiza. . . . Esta era la habitación de la bella Vasanti, tierna amiga de Sita, ninfa oficiosa de este antiquísimo bosque. ¡Ay de mí! ¡Cómo ha mudado mi suerte! Triste y solitario me consumo en la viudez, y el negro pesar difunde en mis venas su mortal ponzoña. La desesperación, como una flecha cruel, en mi pecho se hunde, desgarrando incesantemente la herida que al entrar hiciera. ¿No me concederán los númenes supremos el triste consuelo de perder la memoria de mis dolores, fijando mis ojos en estos lugares cuya vista mi corazón lacera? Pero estos mismos sitios han cambiado de aspecto. Allá, en el cauce del exhausto arroyo, se extiende una alfombra de cesped; aquí, en vez del emparrado que formaban los árboles para resistir á los ardores del mediodía, una dilatada llanura refleja risueña la luz del sol. Apenas puedo

acertar á creer que sea el mismo el paisaje que mis ojos divisan: y sin embargo, esas pujantes barreras continúan limitando el horizonte y siempre las mismas montañas empinan sus gigantescas cimas en el luminoso espacio.»

Creemos suficientes los dos pasajes que acabamos de copiar para que nuestros lectores se formen una idea de la literatura dramática de la India y del carácter que en ella domina, que es, como á primera vista se advierte, un sentimiento vivísimo de las hermosuras de la naturaleza. Pero mucho se engañaría quien creyese ver en las obras dramáticas que hemos citado, simples idilios de forma delicada y de exquisita y suave belleza; pues como dice un crítico, hay en ellas una acción, un interés creciente y caracteres trazados en conformidad con los que corresponden á los personajes reales en los tiempos de sencillez primitiva.

«La virtud, y no la pasión, añade Lamar-tine, forman el fin moral de los dramas poéticos de la India, cuya poesía, más filosófica que la nuestra tiende á calmar y no á turbar al espectador. El equilibrio de las sensaciones, que es la salud del alma, no tarda en ser restablecido después de las peripecias modernas exigidas por la curiosidad. Las reglas de la literatura teatral, reglas deriva-

das de la religión más bien que del arte, revelan en esos tiempos remotos, nociones profundas sobre la manera de conmover, interesar, tender y aflojar alternativamente los ánimos, para producir ese estado de edificación moral en que el placer aprovecha á la santidad.»

Otro escritor, tratando del mismo asunto, aunque refiriéndose especialmente al drama de Sacúntala, hace las siguientes juiciosas y fundadas observaciones que copiaremos aquí para terminar este imperfectísimo estudio. Dice así:

«Aunque el teatro indiano cuenta con gran número de dramas de géneros diferentes, Sacúntala es en el que se reproduce su carácter más fielmente. En efecto, el personaje principal del teatro indiano, el que mejor debiera representar la fisonomía del país no podía ser un Agamenón, ya cargado de todo el peso de la historia, ni un Hamlet ni un Fausto, sumidos ambos en la tenebrosa melancolía de la edad media: no debía ser un héroe arrastrado á la conquista de una nueva Ilión, ni un doctor que meditase sobre el tiempo que pasa ó sobre la vejez del mundo. Debía ser una joven virgen olvidada en lo más oculto de un bosque primitivo, y cuyos instintos son los de las flores que han perfumado, meciéndola, su cuna.

Sacerdotes en medio de selvas vírgenes, la instruyen en el culto de la naturaleza: vive en la solitaria gruta de un brahma; riega el cesped de los sacrificios, tiene la dulzura y la gracia de las gacelas que alimenta por su mano, se aduerme lánguidamente á la sombra del *tamal* lejos de todos los rumbos del mundo. ¿No es este, digámoslo otra vez, todo el carácter y toda la historia de la raza indiana? Y á pesar de la poligamia que se encuentra en el fondo de esas costumbres, los sentimientos que dan vida á este drama, tienen una dulzura casi cristiana. El politeísmo griego ó romano no suministra ejemplo alguno de estos sentimientos que parecen haber nacido sólo del espíritu del Evangelio, llevado por ignorado aquilón misterioso hasta lo más oculto de las sábanas de la India. Sacúntala es una hermana perdida de esa gran familia de mujeres cristianas reunidas por los poetas: Francisca de Rimini, Julieta, Atala. Pero la que más se le asemeja es Virginia: el propio clima le ha prestado igual fisonomía. Imaginad á la desposada de Pablo abandonada poco después de su nacimiento, y que hubiera conservado el sello del bautismo en la ermita de los brahmanes.»

«A pesar de todo, preciso es confesarlo, el drama de Oriente no está aún mas que

en bosquejo. La tragedia no es aún formal, porque el hombre, fiel todavía al Dios de sus abuelos, no se halla entregado al dominio de su espíritu. Así como no tiene mas que la sombra de la libertad, así no tiene mas que la apariencia de la lucha: su corazón se siente seguro en la mano de Dios y la tormenta no puede apoderarse de él. La tierra en paz con el cielo, exhala todas sus voces: el himno, el canto, la armonía; pero la tragedia no ha nacido aún: un día estallará en la inteligencia y en el corazón del hombre con el genio del examen, con la revolución interna, la duda, la curiosidad del amor ya satisfecho. Y entonces aparecerá el arte dramático en Grecia.”

